

Índice

Prólogo	13
---------------	----

PARTE I FIGURAS BÍBLICAS

1. ABRAHAM: ¿EL PADRE DEL MONOTEÍSMO?	17
2. ABRAHAM EN EGIPTO: UN DESAFÍO EXEGÉTICO	23
3. ESAÚ Y JACOB: DOS ARQUETIPOS DE LA NATURALEZA HUMANA	31
4. RAQUEL: DE Matriarca a Santa	37
5. LA LUCHA DE JACOB CONTRA «UN HOMBRE»: ¿UN TEXTO MITOLÓGICO O PSICOLÓGICO?	45
6. EL RAPTO DE DINA: UN MELODRAMA BÍBLICO	55
7. JOSÉ EN EGIPTO: ¿HISTORIA VERDADERA O NOVELA HISTÓRICA?	63
8. LA CASTIDAD DE JOSÉ	69
9. MOISÉS: EL NACIMIENTO DE UN HÉROE	75
10. «MOISÉS SUBIÓ HACIA DIOS»: ¿UN NUEVO HENOC?	79
11. BALAAAM: ¿UN PROFETA DE YAHVEH O UN ADIVINO?	87
12. JOSUÉ, HIJO DE NUN: ¿UN PERSONAJE HISTÓRICO O UNA CONSTRUCCIÓN LITERARIA?	93
13. PINJÁS, HIJO DE ELEAZAR: ¿UN SACERDOTE FIEL O UN ASESINO FANÁTICO?	101

PARTE II
TEMAS BÍBLICOS

1. EL DILUVIO UNIVERSAL: ¿LEYENDA O VERDAD HISTÓRICA?	109
2. EL SACRIFICIO DE ISAAC: ¿UN DIOS CRUEL O UN PADRE INSENSIBLE?	117
3. LA BENDICIÓN DE JUDÁ: ¿UNA CLAVE MESIÁNICA?	123
4. LAS PLAGAS DE EGIPTO: ¿PRODIGIOS DIVINOS O FENÓMENOS NATURALES?	129
5. EL ÉXODO DE EGIPTO: ¿MITO O REALIDAD?	135
6. EL MILAGRO DEL MAR: ¿HISTORIA MITIFICADA O MITO HISTORIADO?	139
7. EL BECERRO DE ORO: ¿UN PECADO DE IDOLATRÍA?	147
8. LA GENERACIÓN DEL DESIERTO: ¿EL MODELO DE INSPIRACIÓN PARA JUAN EL BAUTISTA?	155
9. EL NAZIREATO BÍBLICO: UNA SANTIDAD AUTOIMPUESTA	161
10. LA HISTORIA DE LA EXPLORACIÓN DE CANAÁN: UNA LECTURA CRÍTICO-LITERARIA	169
11. ¿LOS JUDÍOS CREYERON EN GIGANTES?	175
12. LA GUERRA SANTA: ¿UNA DOCTRINA BÍBLICA?	181

PARTE III
LA REVOLUCIÓN ESPIRITUAL DEL DEUTERONOMIO

1. EL DEUTERONOMIO: ¿LA PRIMERA TORÁ DE MOISÉS?	191
2. EL DECÁLOGO: EL CÓDIGO BÁSICO DE ISRAEL	199
3. «YAHVEH NUESTRO DIOS ES EL ÚNICO YAHVEH»: ¿MONOTEÍSMO O MONOLATRÍA?	209
4. LA FE DE MOISÉS EN YAHVEH: ¿UNA REVOLUCIÓN ISRAELITA O UNA HERENCIA EGIPCIA?	215
5. LA DIOSA ASERÁ: ¿LA CONSORTE DE YAHVEH?	223

6. LA RELIGIÓN DE ISRAEL: ¿SE OPUSO DE SIEMPRE A LAS IMÁGENES? ..	233
7. LA CENTRALIZACIÓN DEL CULTO	243
8. LA LEGISLACIÓN DEUTERONOMISTA: ¿RETRÓGRADA O PROGRESISTA?	247
9. LA INSTITUCIÓN DEL LIBRO EN ISRAEL	253
10. TIERRA Y PUEBLO EN EL DEUTERONOMIO: ¿UNA IDEOLOGÍA ETNO- CÉNTRICA?	259
11. ¿QUÉ SIGNIFICA LA EXPRESIÓN «NO SER ADMITIDO EN LA ASAMBLEA DE YAHVEH»?	267
12. LA INSTITUCIÓN DE LA REALEZA: UNA PERSPECTIVA JUDÍA	273
13. ¿LIBRE ALBEDRÍO O DETERMINISMO EN EL JUDAÍSMO?	279
EPÍLOGO	287
Glosario y fuentes	289
Bibliografía	297
Índice de ilustraciones	307

Prólogo

La obra que me complazco en compartir con los lectores presenta una selección de artículos, corregidos y aumentados, que fueron publicados en el semanario israelí *Aurora* entre los años 2007-2009, a manera de comentario de la porción semanal de la Torá que leen los judíos en la sinagoga cada sábado por la mañana. En los mismos se estudian críticamente pasajes del Pentateuco, recurriendo para el caso a metodologías científicas derivadas de disciplinas diversas como crítica bíblica, teología, historia, arqueología, sociología o religiones comparadas.

Este libro no está dirigido a expertos en el campo de los estudios bíblicos, ni presupone conocimientos previos en filología o exégesis. El propósito simple y llano es invitar a legos en la materia, sean judíos o cristianos, a adentrarse en el apasionante mundo de la Biblia Hebrea, guiándolos por los vericuetos de la intrincada realidad social, política y religiosa del pueblo de Israel en la época antigua. La esperanza es que los lectores alcancen por su intermedio una visión novedosa, y probablemente desconocida, del mundo bíblico, en donde la tradición religiosa, la historia y el mito se confunden, se entrecrocán o se excluyen.

Pero más allá de lo intelectual, este libro tiene también un propósito de corte humanista. Los materiales aquí tratados fueron concebidos desde su inicio con el objetivo conciente de generar la duda y la discusión, y de esta manera promover en la conciencia del lector la libertad de pensamiento, la tolerancia del «Otro» y el diálogo interconfesional.

La obra se compone de tres partes. En la primera se estudian algunos de los más conspicuos personajes de la narrativa bíblica, poniendo un énfasis especial en el tratamiento exégetico de estas figuras en la tradición judeocristiana. En la segunda parte se tratan temas clásicos del Pentateuco, explorando en muchos casos los límites difusos entre la his-

toria y el mito. Y, finalmente, la tercera parte está dedicada a estudiar en detalle uno de los momentos claves de la historia religiosa de Israel, y por así decir, de la humanidad toda: la revolución espiritual del Deuteronomio. El texto central, acompañado con notas explicativas al pie de página, concluye con un breve epílogo, un glosario de conceptos y fuentes, y una bibliografía.

Por último, llega el momento feliz de los agradecimientos. A Mario Wainstein, por invitarme a escribir la columna semanal en *Aurora* y sugerir la idea de este libro; a Arie Avidor, por su confianza; al profesor Florentino García Martínez, por su desinteresado apoyo; al doctor Daniel Fainstein y Daliah Mizrahi, por su iniciativa y amistad; a Judith Amselem, por sus atinadas observaciones; y a Guillermo Santamaría, por su entusiasmo en el proyecto. A todos ellos mi más sentido reconocimiento, esperando que el resultado les sea de su agrado y satisfacción.

Jerusalén, 27 de enero de 2010

1

Abraham: ¿el padre del monoteísmo?

ABRAHAM: ¿EL PRIMER MONOTEÍSTA?

Según la narración bíblica, Dios se le reveló al patriarca Abraham por primera vez en la tierra de Jarán (una región ubicada en el noroeste de Mesopotamia) diciéndole:

Yahveh dijo a Abram: «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Gn 12,1-3).

Y sin formular preguntas o demostrar oposición alguna, Abraham obedeció estrictamente la orden divina y se puso en camino hacia el destino señalado (vv. 4-5).

El texto resulta sumamente intrigante. ¿Por qué la elección de Abraham? ¿Por qué su obediencia y silencio? ¿Acaso Abraham ya habría tenido conciencia de la existencia de Dios antes de la revelación en Jarán? Probablemente las preguntas sean algo sorprendentes, dada la creencia ampliamente difundida entre los creyentes, según la cual el patriarca Abraham habría sido el primer hombre en haber reconocido la existencia de un Dios único. Y ello habría sucedido, según esta misma idea, en su tierra natal: Ur de los Caldeos (ciudad situada en la Baja Mesopotamia).

Sin embargo, una lectura rápida de la narrativa bíblica nos revela que dichas tradiciones sobre los orígenes de Abraham no aparecen en el texto tradicional del Génesis. Más allá de brindarnos cierta información sobre la familia de Abraham (Gn 11,27-32), la narrativa bíblica no alude en ningún lugar al descubrimiento de la fe monoteísta por parte del patriarca, como así tampoco a su lucha contra los idólatras o a los sufrimientos sufridos debido a su creencia revolucionaria.

El padre de Israel aparece ciertamente delineado en su ciclo de relatos (Gn 11,27–25,11) como un hombre de fe (ver especialmente el relato sobre el sacrificio de Isaac [Gn 22]), pero en ningún lugar se hace expresa alusión al «descubrimiento de la fe monoteísta» durante su estancia en Ur¹. Por el contrario, la narrativa presupone que Adán y Noé habrían creído también en la existencia de un solo Dios mucho antes de la aparición de Abraham.

Asimismo, el libro del Génesis no se refiere en ninguna parte al politeísmo de la sociedad circundante. Esa tradición, que los lectores la presuponen en el relato, aparece mencionada por primera vez en otra obra de la colección bíblica (el libro de Josué): «Josué dijo a todo el pueblo: “Esto dice Yahveh el Dios de Israel: Al otro lado del río habitaban antaño vuestros padres, Téraí, padre de Abraham y de Najor, y servían a otros dioses”» (24,2).

Y si así son las cosas, entonces cabe preguntarse: ¿cuándo se originaron dichas tradiciones extracanónicas o apócrifas sobre los orígenes de Abraham?

ABRAHAM EN LA LITERATURA JUDÍA GRECORROMANA

Es muy difícil establecer a ciencia cierta el momento de origen de dichas leyendas. Algunos han sugerido que ellas ya habrían existido en tiempos bíblicos, pero que por alguna razón habrían sido olvidadas o silenciadas². Sea como fuere la cosa, lo único cierto es que dichas historias aparecen por primera vez mencionadas de manera expresa en fuentes literarias de la época grecorromana (siglos II a.C.-I d.C.). Por ejemplo, en el libro de los *Jubileos* se alude a dicha tradición afirmando que «el niño comenzó a conocer el error de la tierra, cómo todos erraban tras esculturas y abominación [...] y se separó de su padre para no adorar ídolos con él. Comenzó a orar al Creador de todo, para que lo

¹ Esta tradición, sin embargo, aparece ciertamente en el Nuevo Testamento, en el discurso de Esteban antes de su lapidación: «... Hermanos y padres, escuchad, El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de que se estableciese en Jarán y le dijo: Sal de tu tierra...» (Hch 7,2-3).

² Sobre este tema, ver el artículo de ZAKOVITCH, «El Éxodo de Ur».

salvase del error de los hombres y no le tocase en suerte errar tras impureza y abominación» (11,16-17)³.

Otro testimonio antiguo en este sentido se encuentra en el libro de Judit, al poner en boca del general amonita Ajjor la siguiente tradición sobre los orígenes de Israel: «Este pueblo descende de los caldeos. Al principio se fueron a residir a Mesopotamia, porque no quisieron seguir a los dioses de sus padres, que vivían en Caldea. Se apartaron del camino de sus padres y adoraron al Dios del cielo, al Dios que habían reconocido...» (5,6-8)⁴.

Una tradición en este mismo espíritu puede hallarse también en los escritos del historiador judío Flavio Josefo, cuando presentaba al patriarca Abraham como un «filósofo griego» que ya en Ur de los Caldeos habría inferido la existencia del Dios único a partir de los fenómenos cósmicos:

Era un hombre muy inteligente, entendía todas las cosas y sabía convencer a los que lo escuchaban, y no se equivocaba en sus opiniones. Por eso comenzó a concebir una idea más elevada de la virtud que los demás hombres, y resolvió cambiar la noción que en aquel entonces tenían acerca de Dios: porque él fue el primero en declarar que hay un solo Dios, creador del universo; y que si los demás seres contribuían en algo a la felicidad de los hombres, lo hacían en virtud del papel que tenían señalado por disposición divina y no por su propio poder. Estas opiniones le fueron inspiradas por los fenómenos naturales que observaba en la tierra y en el mar, como también en el sol, la luna y los demás cuerpos celestes. Si estos cuerpos –decía– tuvieran poder propio, cuidarían de cumplir ordenadamente sus movimientos; faltándoles ese poder, es indudable que colaboran en nuestro beneficio no por su propia capacidad sino como subordinados del que los manda y a quien debemos ofrecer nuestras honras y nuestro agradecimiento (*Antigüedades Judías* I, vii, 1)⁵.

³ Según presupone el anónimo autor del libro de *Jubileos*, la idolatría se habría originado unas generaciones antes del nacimiento de Abraham, en época de Ur, hijo de Kesed: «Se fabricaron estatuas de fundición, y adoraba cada uno a sus ídolos metálicos. Comenzaron a hacer esculturas e imágenes impuras, y los malos espíritus los ayudaban induciéndoles a cometer pecado e impureza» (11,4).

⁴ El nombre de Abraham no es mencionado en la fuente, pero es claro que se alude a su persona. Para más detalles sobre esta fuente algo olvidada, ver ROITMAN, «Las tradiciones sobre Abraham».

⁵ Sobre el razonamiento de Abraham a partir de los astros, ver también *Apocalipsis de Abraham* 7,6-10. Para un paralelo en el Corán, ver Sura 6, 74-79. Sobre Abraham «el filósofo griego» en Josefo, ver FELDMAN, «Abraham».

ABRAHAM EN LA TRADICIÓN RABÍNICA

Estas tradiciones antiguas sobre Abraham como el primer monoteísta fueron recogidas por la tradición rabínica. Como deja entrever el siguiente testimonio: «¿A qué edad reconoció Abraham a su creador? Dijo R. Jananyá: reconoció a su creador cuando tenía un año. R. Leví dijo en nombre de R. Simeón b. Laquis: tenía tres años» (*Génesis Rabba* 95,3)⁶.

En una manera que recuerda la tradición presente en Josefo, también los rabinos creían que el patriarca había llegado a descubrir la existencia de un Dios único por medio del razonamiento:

Dijo R. Isaac: esto es comparable a aquel hombre que viajaba de lugar en lugar cuando vio una casa en llamas. ¿Es posible que la casa no tenga una persona que la vigile?, se extrañó. El dueño de la casa se asomó y dijo: «Yo soy el dueño de la casa». Igualmente, como nuestro padre Abraham dijo: «¿es posible que el mundo no tenga un guía?», el Santo, bendito sea, se asomó y le dijo: «Yo soy el guía, el soberano del universo» (*Génesis Rabba* 39,1)⁷.

Desde entonces estas tradiciones legendarias acerca de Abraham como «padre del monoteísmo» se popularizaron entre los judíos, hasta el punto de transformarse en «verdades históricas» sacrosantas. Una prueba de ello es la versión de los orígenes de Abraham presente en los escritos del gran filósofo racionalista medieval Maimónides (1135-1204), que lo imaginaba como un filósofo de corte aristotélico:

En los días de Henoc, la humanidad cometió un grande error... ellos razonaron que si el Señor creó las estrellas y las esferas celestiales y las puso en los cielos que les dan gran importancia, ellos debían servir ante ellas. Por consiguiente, esto los llevó a alabarlas, a elevarlas y a darles honor, pues creyeron que era la voluntad del Señor honrar lo que Él creó grande y honorable... Las personas construyeron entonces altares a las estrellas para rendirles culto, y para alabar e inclinarse ante ellas... y esto se convirtió en un culto de ídolos... Luego, durante las próximas generaciones se levantaron falsos profetas, y dijeron que el Señor realmente les había ordenado a las personas que rindieran culto a las estrellas... y ellos

⁶ Citado de VEGAS MONTANER, «La figura de Abraham», p. 132.

⁷ Citado de *ibid.*, p. 133.

construyeron imágenes en su honor... extendiendo estas imágenes falsas, construyéndolas en varios lugares, bajo los árboles, en las cimas de las colinas, y en los valles, enseñándoles a las personas que se inclinaron ante ellas, declarando: «ciertamente una imagen trae buena o mala suerte y por consiguiente le temeré»... después de varias generaciones, el Nombre Divino fue completamente olvidado... hasta cuando el poderoso [Abraham], empezó a cuestionar esto en su mente y preguntó «¿Cómo puede ser que los cuerpos celestes se muevan, si no hay un Movedor que permita esto? es imposible que se muevan por sí mismos». Él no tuvo ningún maestro o alguien más que lo informara, porque él vivió en Ur de los Caldeos, rodeado por adoradores de ídolos... Él [Abraham], como consecuencia, se levantó y le dio a conocer a las personas que hay sólo un Señor en el mundo entero y que sólo a Él debe adorarse, mientras que enseñó a algunas personas de esa ciudad y de ese reino, hasta que vino a la tierra de Canaán, como dice: «Y plantó Abraham un árbol tamarisco en Beerseba, e invocó allí el nombre del Señor, Dios eterno [El olam]» (Gn 21,33) (*Mishneh Torah, Sefer Mada*, cap. 1)⁸.

En suma, entonces, el texto bíblico original fue recreado a lo largo de las generaciones hasta convertir al patriarca bíblico, obediente y hombre de fe, en un «filósofo griego». Los judíos, al igual que luego lo harían cristianos y musulmanes, buscaron en las narraciones antiguas sobre Abraham sentido e inspiración para sus vidas, releyendo los textos ancestrales y modelándolos «a su imagen y semejanza».

⁸ Citado del sitio online: http://pentecostalesdelnombre.com/x/index.php?option=com_glossary&func=display&letter=M&Itemid=43&catid=13&page=1.

2

Abraham en Egipto: un desafío exegético

ABRAHAM: ¿UN GIGANTE MORAL?

De acuerdo al Pentateuco, Dios le ordenó al patriarca Abraham en su primera revelación dejar su familia y su tierra para dirigirse a una región desconocida:

Yahveh dijo a Abram: «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Gn 12,1-3).

A diferencia de lo sugerido por la tradición posterior¹, el relato bíblico no presume un conocimiento previo entre ambos. Por ello, entonces, la reacción de Abraham es particularmente meritoria. Sin formular interrogantes o exigir explicaciones, el patriarca cumplió sin tardanza la ordenanza divina, revelándose así como un hombre de profunda fe: «Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh, y con él marchó Lot. Tenía Abram setenta y cinco años cuando salió de Jarán» (v. 4). Una vez llegado a la tierra de Canaán, Abraham volvió a ser merecedor de la revelación divina (v. 7), convirtiéndose a partir de aquí en un decidido adorador de Dios (vv. 7-8).

Esta manifestación de fe por parte de Abraham en la primer parte de Génesis 12 (vv. 1-9), contrasta llamativamente con la imagen del patriarca en la segunda sección del mismo capítulo (vv. 10-20), ya que, según reza el relato, al encontrarse con el primer inconveniente en su nue-

¹ Ver capítulo anterior.

va tierra, Abraham decidió dejar Canaán y descender a Egipto: «Hubo hambre en el país, y Abram bajó a Egipto a pasar allí una temporada, pues el hambre abrumaba al país» (v. 10). Y así, pues, el primer inmigrante a la tierra de Israel se transformó en el primer emigrante de la misma en la historia del pueblo judío.

Este aspecto algo embarazoso en la vida de Abraham, sin embargo, fue sólo la primera de una serie de actitudes reprobables desde un punto de vista moral que adoptó el patriarca en esta sección. Por ejemplo, al estar próximo a entrar en Egipto, Abraham le dijo a su esposa Saray: «Mira, yo sé que eres mujer hermosa. En cuanto te vean los egipcios, dirán: “Es su mujer”, y me matarán a mí, y a ti te dejarán viva. Di, por favor, que eres mi hermana, a fin de que me vaya bien por causa tuya, y viva yo en gracia a ti» (vv. 11-12). Según puede colegirse de este episodio, Abraham se manifestó aquí como un egoísta y un mentiroso, interesado sólo en su bienestar personal, hasta el punto de no ver ningún impedimento moral en desvirtuar la realidad con el propósito de salvar su pellejo.

Pero aquí no terminó la cosa. Una vez llegados a Egipto, y como lo había anticipado Abraham, la matriaca Sara fue llevada al palacio del faraón. Y para sorpresa del lector, Abraham no sólo no se interpuso para impedir el rapto, sino que tampoco pareció apenarse mucho por lo sucedido. Por el contrario, el patriarca aceptó de buen grado los regalos otorgados por el faraón a cambio «de su hermana», y se convirtió así en una persona muy rica: «Éste trató bien por causa de ella a Abram, que tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, siervas, asnas y camellos» (v. 16). En contraste con la indiferencia mostrada por Abraham, Yahveh fue quien mostró interés por el destino de la matriarca: «Pero Yahveh hirió al faraón y a su casa con grandes plagas por lo de Saray, la mujer de Abram» (v. 17).

Y así llegamos al final de la historia, en que a diferencia de la baja moral manifestada por Abraham a lo largo de toda la sección, se yerguen en claro contrapunto la inocencia, la dignidad y el altruismo del faraón: «Entonces el faraón llamó a Abram, y le dijo: “¿Qué es lo que has hecho conmigo? ¿Por qué no me avisaste de que era tu mujer? ¿Por qué dijiste: ‘Es mi hermana’, de manera que yo la tomé por mujer? Ahora, pues, he ahí a tu mujer toma y vete”. Y el faraón ordenó a unos cuantos hombres que le despidieran a él, a su mujer y todo lo suyo» (vv. 18-20).

ABRAHAM EN GUERAR: ¿UN ANTIGUO *MIDRASH*?

Parecería ser que ya en la antigüedad misma este relato habría presentado un verdadero desafío exegético para los sabios. Una prueba de ello es la presencia en la actual narrativa bíblica de un duplicado suavizado de esta historia (Gn 20,1-18), que revelaría un verdadero esfuerzo redaccional por parte del autor bíblico para mitigar la mala impresión causada por la versión más antigua².

En esta nueva versión, Abraham desciende «al país del Négueb» y se establece en Guerar (ciudad ubicada en el Négueb occidental, en el sur del actual territorio de Israel). Suponiendo detalles de la narración anterior (como la costumbre del gobernante local de tomar por esposa a la hermana del nuevo inmigrante [20,2; cf. 12,11-15]), este relato presenta un estándar moral mucho más elevado. Un ejemplo de ello es, que a diferencia de la mentira implícita en Génesis 12,13 acerca de la condición de Saray, aquí aparece Abraham explicándole al rey Abimelek la «verdadera» razón para su afirmación («Es mi hermana» [20,2]): «Pero es que, además, es cierto que es hermana mía, hija de mi padre aunque no de mi madre, y vino a ser mi mujer. Y desde que Dios me hizo vagar lejos de mi familia, le dije a ella: Vas a hacerme este favor: a dondequiera que lleguemos, dices de mí: Es mi hermana» (vv. 12-13).

Si comparamos ambas versiones, parecería ser que el relato de Génesis 20 habría sido un antiguo *midrash* de Génesis 12, que, a manera de exégesis intertextual, habría completado ciertos vacíos de información existentes en la versión anterior. Una muestra de ello es el siguiente interrogante: ¿cómo se enteró Faráon de que Saray era la esposa de Abraham? A diferencia de la carencia de respuesta a esta pregunta en la versión de Génesis 12, en Génesis 20 hay una respuesta clara al interrogante implícito: Dios se lo comunicó a Abimelek. Como está escrito: «Pero vino Dios a Abimelek en un sueño nocturno y le dijo: “Date muerto por esa mujer que has tomado, y que está casado”» (v. 2).

² Hay una tercera presentación de este episodio que trata sobre Isaac en Guerar (Gn 26,1-21), muy similar a las dos historias anteriores. Según los biblistas, estos tres relatos habrían existido como unidades literarias independientes antes de ser combinadas por el redactor del libro del Génesis en una narrativa continua.

Otro ejemplo es el tema de la «plaga» con la que Dios castigó al faraón: ¿cuál fue la plaga específica?, ¿qué pasó con ella luego de la partida de Abraham?³ Como en el caso anterior, en la versión antigua no encontramos respuesta alguna a estas preguntas, pero en el nuevo relato los interrogantes encuentran una clara solución. Por un lado, la enfermedad es identificada: «... pues Yahveh había cerrado absolutamente toda matriz de casa de Abimelek, por lo de Sara, la mujer de Abraham» (v. 18). Y, por el otro, el castigo divino es interrumpido gracias a la intervención de Abraham «el profeta» (v. 7)⁴: «Abraham rogó a Dios, y Dios curó a Abimelek, a su mujer, y a sus concubinas, que tuvieron hijos» (v. 17).

EL DESCENSO DE ABRAHAM A EGIPTO EN LA EXÉGESIS JUDÍA ANTIGUA

Generaciones posteriores de intérpretes siguieron recreando la historia de Abraham en Egipto, ahondando en sus significados y enriqueciendo con nuevos detalles su contenido. Un ejemplo de ello lo encontramos en uno de los rollos del mar Muerto llamado el *Apócrifo del Génesis*.

Según esta nueva versión de la historia bíblica, por ejemplo, se nos cuenta sobre el sueño que tuvo Abraham antes de su llegada a Egipto:

Soñé yo, Abrahán, un sueño, en la noche de mi entrada en Egipto. Y vi en mi sueño un cedro y una palmera. [...] Llegaron unos hombres intentando cortar y desarraigar el cedro, dejando la palmera sola. Mas la palmera gritó y dijo: No taléis el cedro, porque los dos somos de la mis-

³ Los temas de la plaga en Gn 12,17 (cf. Ex 7,8–13,16), el descenso a Egipto por hambre (Gn 12,10; cf. 46,1–27) y la salida de allí con riquezas (v. 20; cf. Ex 12,35–36) son comunes a la historia de Abraham y al relato de la esclavitud de Israel en Egipto. Este intento de vincular a Abraham con el tema de la estancia de Israel en Egipto aparece explícito en Gn 15,13–14. El autor bíblico habría diseñado deliberadamente el relato de Abraham en Egipto a manera de anticipación «profética» de la esclavitud futura del pueblo hebreo en Egipto, siguiendo el principio exegético (de formulación medieval): «*maasé avot, siman le-banim*» (en hebreo, «la acción de los padres es una señal para los hijos»).

⁴ Éste es el único lugar en la Biblia Hebrea en que el patriarca es calificado con este título.

ma familia. Y el cedro se salvó gracias a la palmera, y no fue talado (col. XIX, 14-17).

Como se recordará, no se hace mención alguna de este sueño en nuestra versión bíblica. Y por ello, entonces, cabe preguntarse: ¿qué propósito tuvo el autor de esta obra apócrifa al añadir el tema del sueño? Pues bien, como ya hicimos mención más arriba, el tema del sueño aparece en la versión duplicada de la historia, cuando Dios se le apareció a Abimelek en sueños para advertirle sobre Sara (20,3-7). Y de aquí, entonces, aprovechando su aparición en la historia bíblica, el autor anónimo del *Apócrifo del Génesis* volvió a hacer uso de este artilugio literario para solucionar un interrogante acuciante: ¿qué le motivó a Abraham a concebir la mentira/verdad sobre la condición de Sara como su hermana? ¿Acaso fue sólo por egoísmo? Ante tal interrogante, el exégeta antiguo sugirió una respuesta original: la idea de salvarse no fue de Abraham ni se debió a su egoísmo, sino que le fue sugerida por medio de un sueño (implicando que Dios comunica su voluntad por medio de la actividad onírica)⁵:

Me desperté de mi sopor durante la noche y dije a Sara mi mujer: He tenido una pesadilla [...] y estoy asustado por este sueño. Ella me dijo: Cuéntame tu sueño para que yo lo conozca. Y comencé a contarle el sueño. [Y le hice conocer la interpretación] del mismo. Dije: [...] querrán matarme a mí, y dejarte a ti. Solamente este favor [tienes que hacer conmigo]: cada vez que [llegemos a un lugar, di] de mí: El es mi hermano. Y yo viviré bajo tu protección y mi vida será perdonada por tu causa [...] ellos intentarán apartarme de ti y matarme (col. XIX, 17-21)⁶.

Otro jalón en la exégesis de nuestra historia lo encontramos en el testimonio de Flavio Josefo, quien desviándose de los principios por él mismo establecidos⁷, presentó una versión totalmente diferente del descenso de Abraham a Egipto. Según este relato, la verdadera intención de

⁵ Cf. Gn 28,12-15; 37,5-7.9-10; 40,9-19; 41,1-36.

⁶ Para más detalles, ver EVANS, «Abraham»; SKA, *Abrahán*, pp. 26-28.

⁷ «En mi historia describiré detalladamente las constancias de nuestros anales, en su orden cronológico; porque he prometido hacerlo en toda esta obra, y sin añadir nada de lo que contienen, ni quitarles tampoco nada» (*Antigüedades Judías* I, prefacio, 3).

Abraham no fue saciar su hambre, sino «escuchar la opinión de sus sacerdotes sobre los dioses, y luego seguirlos si los conceptos de ellos fueran mejores que los suyos, o convertirlos si los de él resultaran más verdaderos» (*Antigüedades Judías* I, viii, 1). Y así, pues, cuando el patriarca arribó a Egipto:

Abram conferenció con cada uno de ellos refutando las razones que daban en abono de sus respectivas prácticas, y demostrando que esas razones eran vanas y carentes de verdad. Todos lo admiraban como a un hombre sabio, ingenioso y perspicaz cuando hablaba de cualquier tema; y no sólo para pensarlo sino también para explicarlo y lograr el consentimiento de los que lo escuchaban. Les enseñó aritmética y la ciencia de la astronomía; porque antes de la llegada de Abram a Egipto no conocían esas disciplinas, que llegó de Caldea a Egipto y de ahí pasó a los griegos (*Antigüedades Judías* I, viii, 2).

En esta nueva imagen de Abraham, Josefo presentaba al patriarca de Israel como un filósofo-misionero itinerante, cuyo propósito verdadero había sido promover la fe en el Dios verdadero, y de esta manera demostrarles a los sacerdotes egipcios sus errores y difundir los tesoros de la cultura universal⁸. El modelo que le sirvió a Josefo para la elaboración de este desarrollo exégetico de la figura de Abraham fue la de los filósofos itinerantes de la época grecorromana (como el caso de Pablo de Tarso)⁹, quienes acostumbraban a viajar de lugar en lugar enseñando y difundiendo sus doctrinas.

COMENTARIO FINAL

La historia de la interpretación del episodio sobre el descenso de Abraham a Egipto nos enseña que, ya a partir de los tiempos bíblicos en adelante, los sabios antiguos de Israel trataron de retocar y mejorar la

⁸ El tema de Abraham como difusor cultural fue parte de la estrategia apologética judía en la antigüedad para contrarrestar las acusaciones de los antisemitas, que culpaban a los judíos de ser un pueblo pernicioso para la civilización y hostil hacia las otras naciones.

⁹ Cf. Hch 9,19-22 (Damasco); 13,13-43 (Antioquía de Pisidia), etc.

imagen del patriarca, disimulando sus falencias morales (Gn 20; *Apócrifo del Génesis*) o transformándolas en virtudes excelsas (Josefo).

Sin embargo, la presencia misma del relato de Abraham en Egipto en Génesis 12 obliga a preguntarnos: ¿no habría sido más fácil omitir una historia tan poco favorable para la imagen de Abraham?; ¿para qué dejar en el Pentateuco una historia tan embarazosa sobre el padre de Israel?

Una respuesta de carácter literario-formal basada en la historia de la redacción de los libros bíblicos podría ser que el autor antiguo no se habría sentido libre para desechar un relato ya consagrado por la tradición. Y por ello, entonces, la única opción que le habría quedado para sortear el problema creado habría sido agregar una nueva versión para «mejorar» la imagen de Abraham en el relato antiguo.

Otra respuesta, sin embargo, podría ser de corte ideológico. Según esta explicación alternativa, el propósito del autor antiguo al presentar al patriarca de Israel como un gran hombre de fe, y al mismo tiempo como una persona egoísta e insensible, habría sido comunicarnos de manera sutil e indirecta una lección profunda sobre la naturaleza del hombre; a saber: que no hay hombres perfectos e impolutos. Incluso un gigante de la fe como Abraham podía caer presa de su egoísmo y comportarse mezquinamente. Como afirmaba el biblista Uriel Simon: «La grandeza de Abraham no está en la carencia de falta de carácter, sino en la lucha constante por superar sus debilidades y limitaciones»¹⁰.

De acuerdo a esta enseñanza, pues, los hombres bíblicos son héroes no por llevar una vida angelical, sino antes bien, por tratar de ser absolutamente humanos en una realidad compleja y desafiante. Como cuenta una historia jasídica: «el rabí de Kobryn miró una vez hacia los cielos y exclamó: “¡Ángel, pequeño ángel! ¡No es una gran hazaña ser un ángel allá en el cielo! No tienes que comer ni beber, ni criar niños y ganar dinero. Baja a la tierra y preocúpate de comer y beber, de criar niños y ganar dinero, y veremos si sigues siendo un ángel. ¡Si tienes éxito podrás vanagloriarte, pero no ahora!”»¹¹.

¹⁰ SIMON, «El Abraham bíblico», p. 43 (traducción mía).

¹¹ BUBER, *Cuentos jasídicos: Los maestros continuadores*, vol. I, p. 141.